

fr. oiseau), avus por \*aviolus (esp. abuelo), vetus por vetulus, (esp. viejo), auris por auricula, culter por cultellus (esp. cuchillo, it. coltello), agnus por agnellus, canere por cantare, adiuvare por adiutare, genu por genuculum, sol por soliculum (por lo menos parcialmente: cf. fr. soleil), mane por maneana (esp. mañana, ptg. manhã) o por matutinum (fr. matin, it.  mattino), dies por el adjetivo diurnus (it. giorno, fr. jour), talus por \*talonem (por razones que se verán luego, se suele a menudo dar en acusativo las formas populares, particularmente las reconstruidas.)

El examen formal, semántico y estilístico de la derivación debe necesariamente tener un lugar de preferencia en toda caracterización del latín "vulgar", pues fué uno de sus principales medios de innovación. En efecto, una lengua más o menos detenida en su evolución y fijada por el prestigio y la autoridad de modelos clásicos, como el latín literario, suele formar pocas palabras nuevas, y las que forman los varios autores para sus necesidades expresivas pertenecen a su estilo personal más bien que a la lengua en su totalidad, mientras que el lenguaje corrientemente hablado sigue creando términos nuevos, con los mismos instrumentos que ofrece el sistema de la lengua.

Amplísima es en latín "vulgar" la derivación mediante sufijos:

- tor, - arius forman nombres de agente, el primero de verbos y el segundo de sustantivos y adjetivos: salvator, auditor, argentarius, operarius, furnarius, cultellarius.
- aculum, - torium forman nombres de instrumentos: spiraculum, sufflatorium.
- arium forma nombres de lugar: aerarium, granarium, apiarium.
- etum forma nombres de lugar derivados de nombres de árboles: salicetum (sauzal), fraxinetum (fresneda), quercetum (encinar), fagetum (hayedo).
- ale forma nombres de lugar e instrumento: casale.
- alia (pl. de -ale), - men forman nombres colectivos: battalia, \*ossamen (osambre.)

- mentum, - tura, -sura forman nombres abstractos o también colectivos, nombres de acción, comúnmente de verbos (como en latín clásico: armatura, mensura), pero luego también de nombres: iuramentum, capillatura (sin que exista un verbo \*capillare), \*adventura, arsura).
- tio, -sio, -atio, -itio, -ntia forman nombres abstractos derivados de verbos: demoratio, custoditio, sufferentia, fragrantia. (Los nombres en -ntia, en un principio neutros plurales de participios presentes, fueron interpretados como femeninos singulares.)
- itas, -itia forman nombres abstractos derivados de adjetivos: \*amicitatem, \*bellitatem (cf. lat. cl. bonitas, caritas), longitia, \*proditia (cf. lat. cl. pigritia, avaritia).
- ata forma nombres de cantidad (material o de tiempo): diurnata (jornada), annata, \*buccata (bocada).
- or u or/ura forman nombres abstractos derivados de verbos: \*lucorem, \*laudorem (loor); fervor-fervura, rigor-rigura; luego, sobre el modelo de strictura, directura, etc. (participios futuros relacionados con los participios strictus, directus) se formaron nombres en -ura también de adjetivos no-verbales: \*planura (< planus).
- ia, sufijo improductivo en latín clásico, siendo átono, se ve reforzado en la época imperial por el sufijo griego -ía, acentuado, que presentan numerosos préstamos griegos (philosophía, democratía).

Muy numerosos son los diminutivos formados con -ŭlus, -icŭlus, -ucŭlus, ya frecuentes en latín clásico; pero al sufijo átono -ŭlus se prefiere el acentuado -ellus (porcŭlus - porcellus, rotŭla - rotella > esp. rodilla, fibula - fibella > esp. hebilla): anellus, vitellus, catellus, y, por consiguiente, -icellus se prefiere al esdrújulo -icŭlus (avicellus, navicula - navicella, monticulus - monticellus). Al lado de -ellus se emplea mucho -eŭlus, -iŭlus, pero transformado de esdrújulo en llano (\*aviplŭs).

También son numerosos los derivados intensivos, aumentativos,

despreciativos, formados con -o (-onem), -aster, -aceus, -uceus: naso, nasonis (narigudo), cicero, -onis ('con un grano en la nariz'), \*matraster, \*filiaster.

Todos los sufijos hasta aquí enumerados (menos los de diminutivos, que también se emplean para adjetivos) forman nombres sustantivos. Pero también la derivación adjetival dispone de numerosos sufijos: -bilis (amabilis, credibilis) -âlis, -ilis (mortalis, hostilis), -osus (montaniosus, según modelos clásicos como herbosus, formosus), -ivus (tardivus, según ejemplos clásicos como captivus), -âtus, -itus, -ûtus (sufijos participiales aplicados luego directamente a nombres sustantivos, sin que exista un verbo correspondiente: barbatus, barbutus (de barba), crinitus (de crinis) cornutus (de cornu), \*pilutus (de pilum).

También son numerosos y muy productivos los sufijos de derivación verbal:

-are, -ire (aplicados sobre todo al tema del supino, pero también al participio presente y también a sustantivos y adjetivos) y -escere; forman, respectivamente, Verbos frecuentativos e incoativos (cf. los clásicos plantare, vestire, maturare, florescere): cantare, adiutare, \*oblitare (olvidar), \*ausare (osar), \*refusare, \*usare, \*expaventare (espantar), \*calentare, \*levantare, \*crepantare (quebrantar).

-iare, sufijo nuevo separado bajo esta forma de los verbos en -are formados sobre adjetivos en -is (como molliare, de mollis, o alleviare, de levis); se emplea para formar nuevos verbos de adjetivos en -us, -a, -um: \*altiare (alzar), bassiare (bajar), \*acutiare, \*captiare, \*directiare (esp. en-derezar, fr. dresser, it. drizzare).

-icare, forma verbos de adjetivos o también de sustantivos: amaricare (amargar, de amarus), carricare, follicare (de follis; esp. holgar).

-izare, sufijo de origen griego (-izein); se emplea sobre todo en la terminología médica y científica y en el léxico cristiano:

cauterizare, pulverizare, baptizare, exorcizare, scandalizare, y queda un sufijo extraordinariamente productivo en las lenguas romances hasta hoy día.

-itare, forma verbos frecuentativos o iterativos: vanitare (fr. vanter),

\*taxitare (it. tastare).

-ulare, también para verbos frecuentativos: ustulare (rum. usturá),

\*misculare (mezclar), \*tremulare (temblar), \*turbulare (fr. troubler).

(Como es evidente, en casi todos los ejemplos indicados se trata de innovaciones que llamaríamos "internas", es decir de desarrollos consentidos por el sistema de la lengua latina pero que no pertenecían a la norma del latín clásico.)

Mucho menos frecuente que la derivación es la composición. Como ya se ha dicho, el latín, en general, evitaba la composición. Por eso muchas de las palabras compuestas de la lengua literaria (normalmente sobre modelos griegos o bajo influjo griego) no son vitales, en el sentido que no se difunden en la lengua corrientemente hablada (con excepción de los términos cristianos). A pesar de esto, el fenómeno de la composición existe en el latín "vulgar", pero se trata normalmente de una composición debida al desarrollo de ciertos sintagmas que, empleándose constantemente como fórmulas fijas, llegan a concentrarse, a aglutinarse en un solo vocablo: no existe una efectiva intención compositiva. Así, por ejemplo: sanguisuga, arcuballista, rosmarinus, avis tarda (avutarda), auri pigmentum (fr. orpiment), alba spina (fr. aubépine), avis struthius (avestruz), bis coctum (bizcocho), medio die (mediodía), medio loco (rum. mijloc, fr. milieu), male habitus (it. malato), calce pistare (ital. calpestare), crucifigere, inde fugere (fr. enfuir), intra videre, manu tenere (mantener), minus pretiare (menospreciar), mortificare, etc. También aparecen como fórmulas fijas los nombres de los días de la semana (menos sábado, palabra de origen semítico): Lunae dies, Martis dies, Mercurii dies, Iovis dies, Veneris dies, Dominica (dies). Es, este último, un caso particularmente interesante, pues, en efecto, en las lenguas romances que conservaron plenamente el sustantivo dies (prácticamente, el español y el rumano, pues el

portugués ocupa aquí una posición suya particular que se aleja de las demás soluciones neolatinas), se mantuvo la conciencia del significado de los sintagmas indicados y se llegó a eliminar el mismo dies de los nombres de los días de la semana; mientras, al contrario, en las lenguas que no conservaron comúnmente la palabra dies (el italiano y el francés; la forma dí tiene en italiano empleo limitado), sustituyéndola por el derivado diurnus (it. giorno, fr. jour), se perdió la conciencia íntegra del valor semántico de dichas fórmulas y se llegó a aglutinar las fórmulas mismas en vocablos únicos. Tenemos, pues:

| <u>ESPAÑOL</u>   | <u>RUMANO</u>   | <u>ITALIANO</u>  | <u>FRANCÉS</u>  |
|------------------|-----------------|------------------|-----------------|
| <u>lunes</u>     | <u>luni</u>     | <u>lunedí</u>    | <u>lundi</u>    |
| <u>martes</u>    | <u>marți</u>    | <u>martedí</u>   | <u>mardi</u>    |
| <u>miércoles</u> | <u>miercuri</u> | <u>mercoledi</u> | <u>mercredi</u> |
| <u>jueves</u>    | <u>joi</u>      | <u>giovedí</u>   | <u>jeudi</u>    |
| <u>viernes</u>   | <u>vineri</u>   | <u>venerdí</u>   | <u>vendredi</u> |

El ejemplo es interesante sobre todo porque puede darnos una idea bastante clara acerca del proceso preterintencional de la composición latina.

En un campo, sin embargo, la composición es más amplia en latín "vulgar" que en latín clásico: en el campo de los elementos funcionales, actualizadores (preposiciones, conjunciones, adverbios). Parecería que en el latín hablado en la época imperial intervino un sentido más preciso de las relaciones espaciales y temporales. Por eso, mientras se pierde toda una serie de preposiciones, conjunciones y adverbios simples, se crea otra serie, compuesta: ab ante (it. avanti, fr. avant), in ab ante (rum. înainte), de unde (esp. donde), in de retro (rum. îndărăt), a foras (esp. afuera, rum. afară), ad horam (esp. ahora), de magis (esp. demás), de in (rum. din), ad tune (rum. atunci), ad hic (rum. aici), in tune (esp. entonces), etc.

También aparece frecuente la llamada composición verbal (que en realidad es una forma de derivación), con prefijos como ad- in- de- (por el clásico dis-), ex-: adbattere (abatir), \*accaptare (acatar; fr. acherer), ingluttire (it. inghiottire, fr. engloutir, rum. înghiți),

\* invitiare (rum. invăță), \* advitiare (avezar, it. avvezzare), devestire, \* excambiare (it. scambiare, fr. échanger, rum. schimbă), \* exbattere (it. sbattere, rum. sbate), excadere (it. scadere, fr. échoir, rum. scădea). Numerosos son, además, los verbos para-sintéticos, es decir los verbos en los que se verifica una doble derivación, con sufijo y al mismo tiempo con prefijo como: adunare, impedicare (rum. impiedică, fr. empêcher), \* arripare (fr. arriver, it. arrivare, de ripa, orilla, costa), inodiare (esp. enojar, de odium), \* excaldare (de calidus; esp. escaldar, it. scaldare, rum. scăldă), \* attitiare (de titio, tizón; esp. atizar, it. attizzare, rum. atită), aggenuculari, \* ingenuculare, \* disramare (esp. derramar), \* inuxorare (rum. insură), \* excappare (esp. escapar, fr. échapper, it. scappare, rum. scăpă), \* expantiare (rum. spintecă), etc.

Finalmente, el léxico del latín "vulgar" se renueva y se enriquece mediante préstamos de otros idiomas o, de todas maneras, conserva extranjerismos que no siempre pertenecen también al latín clásico. En algunos casos, sobre todo cuando se trata de cosas ajenas al ambiente latino y a la civilización romana o de procedencia extranjera, la palabra de origen extranjero es la única que se emplea; en otros casos los préstamos se conservan al lado de sus sinónimos legítimamente latinos; en otros, finalmente, los extranjerismos llegan a eliminar del uso corriente las palabras latinas correspondientes.

Sin tener en cuenta las series de poca entidad (como los préstamos de lenguas semíticas) y dejando de lado, por el momento, los préstamos "ibéricos", distinguimos las siguientes categorías principales:

a) préstamos itálicos ("osco-umbras"). La mayoría de ellos (como pertica, lupus, bos, asinus, caseus, ursus, furca, furnus, popina al lado del lat. genuino coquina) pertenecen también al latín literario y han sido recordados en otra parte del curso. Agregamos aquí: rufus (lat. genuino ruber), sulfur (lat. sulpur); sifilare (esp. chiflar (lat. sibilare), esp. silbar), pomex (lat. pūmex).

b) griegos. Son muy numerosos y algunos de ellos llegan a una difusión tal que eliminan del uso corriente las palabras latinas sinónimas; así: petra sustituye a lapis, chorda a funis (que, sin embargo, se conserva en ital. fune y rum. funie), colaphus (esp. golpe, fr. coup, ital. colpo), a ictus, spatha a gladius. También son grecismos: phalanga (palanca), matixa (madeja), sagma, striga (it. strega), bursa (bolsa), \*buxta (gr. pyxída; ital. busta, fr. boîte), cara (esp. port. cara), cata (esp. cada), thius (esp. tío, ital. zío; mientras el francés y el rumano, con oncle y unchiu, continúan el lat. avunculus). Son griegos, además, e inmediatamente reconocibles como tales, o, por lo menos, "calcos" de forma latina y contenido semántico griego, la mayoría de los términos técnicos que se refieren a la religión cristiana (cf. angelus, diabolus, basilica, ecclesia, presbyter, episcopus, propheta, apostolus, evangelium, asceta, batizare, martyr, monasterium, coemeterium, diaconus, etc. etc.). Una mención especial merecen el vocablo parabola, que, al pasar del lenguaje eclesiástico al hablar corriente, tomó el significado de verbum (esp. palabra, fr. parole, it. parola), y su derivado parabolare (fr. parler, it. parlare). También deben señalarse particularmente los numerosos verbos en -izare (adaptación de -izein) y los sustantivos femeninos en -issa (como diaconissa), cuyos sufijos resultaron luego muy productivos en latín y lo son hasta la actualidad, en los idiomas romances.

c) célticos. Son numerosos particularmente después de la conquista de las Galias por César, pero varios de ellos datan de una época más antigua. Muchos de ellos, por su carácter casi siempre técnico, pertenecen también al latín literario (aunque no al latín clásico ciceroniano), la mayoría de las veces como Fremdwörter (extranjerismos eventualmente adaptados pero no asimilados y reconocidos normalmente como tales). Pero en el latín hablado de la época imperial ellos se vuelven verdaderos Lehnwörter (préstamos asimilados) y se confunden con el vocabulario genuinamente latino. Son celtismos: bracca, cucullus, basiare (besar; docum. en Catulo),

caballus, carrus, alauda (alondra), betulla (abedul) cervisia (cerveza), marga, leuga (legua), cambiare, y los claramente populares beccus (it. becco, fr. bec), \*caminus, camisia, gamba, \*pettia (it. pezza, fr. piece).

d) germánicos. En el latín de la época imperial entran también algunos elementos germánicos, como \*riccus que llega a sustituirse a dives, \*blancus, ganta, aringus (arenque), suppa (sopa), sapo (jabón, entrado, probablemente, a través del céltico), taxo (tejón), burgus (quizás un cruce del germánico burgs con el gr. pýrgos). Un calco germánico es companio, creado sobre el modelo del gótico gahlaiba (de ga-, con, y hlaibs, pan). Muchos otros germanismos siguieron penetrando durante siglos en el latín de occidente, tanto en el latín corriente (hablado) como en el "bajo latín" (literario) y también en las lenguas romances en la época de su formación, pero la ausencia de todo elemento germánico antiguo en el latín de Dacia y de los Balcanes nos impide considerar los germanismos dentro del latín "vulgar", si éste ha de entenderse como el más amplio sistema de isoglosas continuado por los idiomas neolatinos. Admitiendo que el rumano pudiera haber perdido algún germanismo antiguo en época sucesiva, debemos, no obstante, admitir que la mayoría de los germanismos no eran todavía de uso general en la segunda mitad del siglo III. Nos limitamos, pues, aquí a señalar su presencia: volveremos a ocuparnos de ellos más detenidamente al tratar del elemento germánico del español.

Pero el vocabulario latino no se renueva sólo mediante palabras nuevas (que son muy numerosas: sólo las formas reconstruidas son cerca de mil en el Diccionario Etimológico de Meyer-Lübke, representando un 10% del total de las voces latinas registradas), sino también mediante significados nuevos: mediante la atribución de un contenido distinto a formas idénticas a las clásicas (cf. el caso de lindo o de vereda en el español de América, con respecto al español de España.) Ya vimos ejemplos de extensión de significado en la selección entre "sinónimos" (como en el caso de grandis, apprehendere, etc.) Pero el "latín vulgar" presenta además numerosos ejemplos de verdade-

ros cambios de significado, cuyo proceso puede explicarse mediante una ampliación significativa semejante a la anterior y una nueva especialización, alrededor de un nuevo núcleo semántico: en realidad, el hecho más característico es, justamente, ese desplazamiento del centro significativo, pues a menudo el nuevo significado que una palabra adquiere existía ya antes en su esfera semántica, aunque sólo como secundario y no como principal. He aquí algunos de los cambios más característicos: bucca - pasa del significado de 'mejilla' al significado de 'boca'; nitidus - pasa de 'brillante' a 'neto, limpio'; focus - de 'chimenea' a 'fuego'; camera - de 'bóveda' a 'cuarto'; nepotem - 'nieto, sobrino', se especializa a veces como 'nieto' y otras veces como 'sobrino' (cf. fr. neveu); sponsus - pasa de 'novio' a 'esposo'; causa - de 'pleito', asunto' a 'cosa'; mittere - de 'mandar, enviar' a 'meter, poner'; hostis - de 'enemigo' a 'expedición, ejército'; tempestas - de 'tiempo meteorológico' (tiempo bueno o malo) a 'tempestad'; sationem - de 'siembra, temporada de siembra' a 'temporada' en general, 'sazón'; infans - de 'no-hablante' a 'niño'; villa - de 'casa de campo, chacra' a 'localidad, ciudad'; parentes - de 'padres' a 'parientes' (pero cf. fr. parents, rum. părinți - 'padres'); arripere - de 'atracar' (dicho de una embarcación) a 'llegar'; cognatus - de 'pariente' a 'cuñado'; orbus - de 'falto de, huérfano' a 'ciego'; pacare - de 'apacar' a 'pagar' ('apacar a un acreedor'); machinari de 'inventar, tramar, maquinar' a 'moler' (it. macinare, rum. măcină); fortis - de 'valiente' a 'fuerte' (físicamente); mulier - 'mujer' adquiere a menudo el significado de 'esposa' (uxor); robur - pierde el significado metafórico de 'fuerza' conservando sólo el significado propio de 'roble'; vectura pasa de 'transporte' a 'coche'; flebilis - de 'lamentable, triste' a 'débil' (fr. faible), etc. Particularmente interesantes son una serie de cambios semánticos en los que es evidente una intención metafórica, como el de testa - 'olla, tiesto' que adquiere el significado de 'cabeza' (it. testa, fr. tête), el de foliis - 'vejiga, globo para jugar' que adquiere el significado de 'loco' (it. folle, fr. fou), el de angustia - 'penuria, escasez' que adquiere el significado de 'aflicción' (it. angoscia, fr. angcisse), el de ingenium - 'índole, espíri-

tu' que pasa a significar 'estratagema, expediente'; el de talentum - 'medida de peso, peso que desequilibra la balanza', que pasa a significar 'voluntad' (indudablemente, por influencia de la conocida parábola cristiana) y luego 'ingenio, talento'; el de parabola, que pasa a significar 'palabra', etc. Del mismo modo, paganus - 'aldeano, campesino' y luego 'civil' (como opuesto a 'militar') adquiere por influencia cristiana el significado de 'pagano, no creyente' (dado que los cristianos se consideraban como milites Christi); plicare - 'doblar, plegar' adquiere en Iberia (aplicado a la acción de plegar las velas de las naves al atracar) el significado de 'llegar' (y port. chegar), mientras en Dacia (aplicado a la acción de plegar las carpas) adquiere el significado de 'partir, irse' (rum. plecă). Otro tipo de cambio semántico, también relativamente frecuente, es el que se registra en los cambios de categoría verbal, es decir, en los casos de verbos que adquieren el significado de los sustantivos con los cuales iban normalmente acompañados hasta llegar a sustituirlos (como en el caso de directo por treno directo o de atómica por bomba atómica, en las lenguas modernas). Así, por ej., fontana (aqua) - '(agua) de fuente' adquiere el significado de 'fuente' (it. fontana, fr. fontaine, rum. fântână); hibernum (tempus) - 'tiempo invernal' el de 'invierno' (it. inverno, fr. hiver, rum. iarnă); focacia (pasta), el de 'masa' (ital. focaccia); pellicia (vestis), el de 'tapado de piel' (ital. pelliccia); singularis (porcus), el de 'jabalí' (it. cinghiale, fr. sanglier); necare (aqua), el de 'ahogar' (it. annegare, fr. noyer, rum. înnecă); forestis (silva) - '(bosque) sin cerca, sin palizada', el de 'bosque' (it. foresta, fr. forêt; en esp. port. floresta interviene además la contaminación con flor); collocare (in lecto), el de 'acostar' (it. coricare, fr. ccoucher, rum. culcă); formaticus (caseus) el de 'queso' (fr. fromage, ital. formaggio); ficatum (iecur) - '(hígado) con higos' (una comida), el de 'hígado' (it. fegato, fr. foie, prov. fetge, rum. ficăt: el cambio de acento en la forma continuada en esp.ital.fr.prov. se debe al influjo del gr. sykōtén).

2) FONÉTICA.

De las tres cualidades acústicas de los sonidos del lenguaje (cantidad, intensidad, altura musical), dos tenían en latín valor fonológico distintivo: la cantidad (duración) y la intensidad (acento).

El problema de si el acento latino fuera melódico o de intensidad no está todavía enteramente resuelto o, por lo menos, hay todavía lingüistas que consideran que el acento latino, <sup>fuese</sup> ~~ann~~ en la época clásica, <sup>fuese</sup> como el griego, un acento en primer lugar melódico (es decir, de altura musical, de tonalidad). Tal tesis se basa en primer lugar en la terminología latina relativa al acento, que es una simple traducción de los respectivos términos griegos (la misma palabra accentus es "calcada" sobre el gr. prosōdía). Hay, luego, indicaciones de los gramáticos de los cuales se podría deducir que el acento implicara en latín una inflexión musical, en primer lugar un pasaje de Varrón citado en el De accentibus de Sergio, en el que se dice que el acento es "velut anima vocis". Además, se observa, los romanos nunca indicaron que el acento latino fuera distinto del griego. El acento de intensidad se habría, pues, desarrollado en latín después de la época clásica, dado que no hay duda que así lo era desde el siglo IV d.d.C. en adelante, según claras indicaciones de varios gramáticos: Servio (siglo IV) dice que el acento está "in ea syllaba quae plus sonat" y Pompeo (siglo V) que "illa syllaba, quae accentum habet, plus sonat, quasi ipsa habeat maiorem potestatem".

A pesar de esos argumentos, la mayoría de los lingüistas considera actualmente que el acento latino era, desde la época prehistórica, un acento de intensidad. En efecto, la terminología gramatical latina traduce casi siempre los respectivos términos griegos, pero esto no significa que todos los fenómenos gramaticales latinos sean análogos a los griegos. Además, no puede atribuirse mucha importancia al hecho de que los romanos no observaran <sup>que su acento</sup> ~~fuese~~ distinto del griego, pues se sabe que cada uno interpreta los soni-

dos de una lengua extranjera adaptándolos a su conciencia fonológica. Pero el argumento más fuerte a favor de esta segunda tesis es que, ya en época prehistórica y en los comienzos de su historia, el latín debía tener un fuerte acento de intensidad en la sílaba inicial (habiendo perdido el acento libre indoeuropeo, quizá por influencia del etrusco), pues sólo así se puede explicar la debilitación de las vocales en la segunda sílaba (como sílaba postónica), por ejemplo en las palabras compuestas con prefijos: capio - incipio, facio - inficio, arma - inermis.

De todos modos, el problema no tiene mayor importancia por lo que concierne a la caracterización del latín "vulgar", pues, como se ha visto, hay clara evidencia que en época imperial el acento era de intensidad. Además, es evidente que el acento pudo adquirir valor fonológico propio y exclusivo sólo con la desaparición de la cantidad vocálica, pues, mientras existía ésta, el acento era sólo un elemento prosódico secundario, dependiendo su posición de la cantidad de la penúltima sílaba (recuérdese que el acento estaba en latín clásico en la penúltima sílaba, si ésta era larga o si la palabra tenía sólo dos sílabas, y en la antepenúltima, si la palabra tenía más de dos sílabas y la penúltima era breve) y siendo, por consiguiente, suficiente el ritmo cuantitativo para distinguir los semantemas fonémicamente idénticos.

Desde que el latín tuvo un acento fijo dependiente del ritmo cuantitativo, sus palabras podían ser sólo: a) oxítonas o agudas (monosílabos), b) paroxítonas o llanas (bisílabos o polisílabos con penúltima larga), proparoxítonas o esdrújulas (polisílabos con penúltima breve). El latín "vulgar" y las lenguas romances no conservan esta situación sólo por otras razones que se verán luego, pues normalmente el acento se conserva en latín "vulgar" en la sílaba en que se encontraba en latín clásico.

Así, por ejemplo, muchas palabras que en latín eran esdrújulas son llanas en la mayoría de las lenguas romances, pero no porque el acento haya cambiado su posición, sino por la debilitación y des-

aparición de la vocal postónica en latín "vulgar" (sobre todo entre c y l, entre r, l y p, m, d, t), fenómeno por el cual las sílabas antepenúltimas se volvieron penúltimas: dóminus > dómnu, víridom > virde, éculum > écclu, aurícula > orícla, tábula > tabla, cálidum > cáldu, alterum > altru, saeculum > seclu, periculum > períclu, cólaphum > cólpu, etc. Es, éste, un fenómeno general en el latín "vulgar", como lo demuestran las continuaciones romances de los ejemplos citados, pero en las lenguas occidentales, como el español y el francés, la tendencia a reducir las palabras esdrújulas a llanas es más pronunciada que en las orientales (italiano, rumano), que conservan un número mayor de proparoxítonos (cf. esp. fresno, tabla, peine, fr. frêne, table, peigne; ital. frássino, távola, póttine, rum. frásin, piéptene). Otros cambios aparentes en la posición del acento surgen por la caída de varias vocales finales y en francés todas las palabras han llegado a ser oxítonas, por la reducción de las sílabas postónicas en todas las palabras heredadas. Pero, repetimos, se trata de cambios aparentes, desde el punto de vista histórico, aunque afecten a veces todo el sistema de una lengua: la regla general es que el acento se mantiene en la misma sílaba en la que se encontraba en latín clásico.

Las excepciones a esta regla son relativamente pocas: a) En latín "vulgar" no encuentra aplicación la conocida regla de la muta cum liquida (es sabido que en latín clásico muta cum liquida, es decir, oclusiva más r, l, no hacían "posición": delante de muta cum liquida una vocal breve por naturaleza quedaba tal y no se volvía "larga por posición", a los fines de la acentuación, como ocurría delante de otros grupos consonánticos; por consiguiente, si se trataba de una sílaba penúltima /en palabra polisílaba/, ésta no llevaba acento), por lo cual una sílaba penúltima (en palabra polisílaba) lleva acento siempre si su vocal es seguida por más de una consonante: lat. cl. íntegrum, lat. vulg. intégru (entero), cáthēdra > catédra (cadera), ténēbras > tenébras (tiniebla), cólūbra > colúbra (culebra).

el acento

b) En los verbos compuestos con prefijos √ queda en la raíz del verbo y no pasa al prefijo (como en latín clásico), siempre que se manten-

ga la conciencia de la composición: renēgat > renégat (reniega), recīpit > recípit (recibe), implicat > implicat (emplea). El acento en el prefijo se mantiene sólo en algún caso en que se pierde el sentido de la composición: comedit > come, collocat > cuelga. Pero tales casos no son normales: en general, no sólo se mantiene el sentido de la composición, sino que se rehace el análisis de los verbos compuestos y se restituye a sus temas la forma primitiva: attīngit > attāngit (atañe), displicet > displacet (ital. dispiace), contīnet > contenēt, (contiene).

c) En latín clásico la desinencia de 3a. pers. pl. del pretérito perfecto de indicativo, -ērunt, se volvió -ērunť y se acentuó, por analogía con las formas en -ēre (dixērunt - dixēre, fecērunt - fecēre), mientras en latín "vulgar" se mantuvo y se repuso la forma arcaica fēcērunt, dīxērunt, lo cual explica las formas fr. firent, dirent, it. fécero, díssero, rum. feáceră (arc.), zíseră. Pero el español, en este caso, continúa las formas clásicas en -ērunt (dijeron, hicieron).

d) En el caso de ī, ē en hiato el acento pasa a la vocal siguiente: parīetem > parétem (pared), avīclum > avióclum (abuelo), filīclum > filióclum (hijuelo), mulīerem > muliérem (mujer). Si la vocal en hiato es ū, ésta desaparece y el acento pasa a la sílaba anterior: battúere > báttare (fr. battre, it. báttare, rum. bate), consúere > cósere (rum. coase).

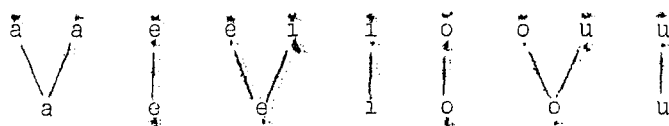
e) En los casos oblicuos de iste, ille, el acento tiende a pasar a la última sílaba (en Plauto se encuentran íllum e illúm). En español él, ella, continúan la acentuación de ílle, ílla, mientras en lo, la se continúa la de illúm, illám. Lo mismo ocurre con illic, illac (> illíc, illác), por influencia de hic, hac (cf. esp. allí, allá).

f) Varios cambios de acento ocurren por cambio de conjugación (pase de la 3a. a la 2a. o viceversa): por ej. cadēre > cadére (caer).

g) Finalmente, unos pocos cambios de acento, cada uno con su expli-

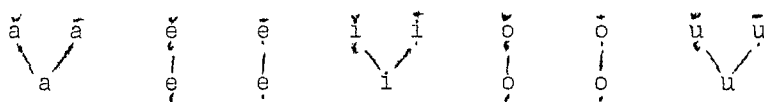
cación específica, ocurren en algunas palabras aisladas. Así secāle se vuelve ségale (cf. it. ségala, fr. siègle; pero rum. secără); ficātum se vuelve fícatum (hígado) por influencia del gr. sykōtón (el latín, que no tenía polisílabos oxítonos, adaptaba como esdrújulos las oxítonos griegos; cf. parabolé-parábola, epistolé-enís-tola); trifólium se vuelve \*trífolum (esp. trébol, fr. trèfle; pero it. trifoglio, rum. trifoiu, de trifolium). La acentuación griega se mantiene, contrariamente a las normas latinas, en palabras como éremus (erēmus), bútyrum (butȳrum): esp. vermo, it. ermo, burro; y, por lo que concierne en particular al español, en Isidro (lat. Isidōrus, Isidoro) y Ebro (lat. Hibērus).

La cantidad vocálica se pierde en el latín hablado imperial (siglos II-III) y se sustituye por la cualidad, con lo cual el sistema vocálico latino sufre un cambio fundamental. Aquí hay que entender bien el lenguaje particular de la lingüística histórica: no se quiere decir que la cantidad desaparece, pues ella se mantiene en varios casos en la norma y con valor estilístico, ni que surge en cambio la cualidad, pues ésta existía ya antes (las vocales breves eran seguramente apertas y las largas cerradas), sino sólo que la cantidad pierde el valor fonológico distintivo y lo adquiere, en cambio la cualidad (que antes era sólo un aspecto "no-pertinente" de la realización acústica), con lo cual se modifica profundamente el sistema de la lengua. Al mismo tiempo, por la semejanza del timbre, la i breve (abierta) y la u breve (abierta) se confunden, respectivamente, con e cerrada y o cerrada (en las inscripciones encontramos: karessemus, semul, manus, columna, en lugar de carissimus, simul, minus, columna). De esta manera, las diez vocales del lat. clásico (ā, ā, ē, ē, ī, ī, ō, ō, ū, ū) quedan reducidas a siete (a, e, e, i, o, o, u):

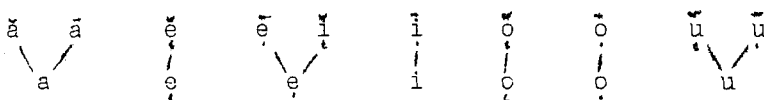


Tal esquema explica el vocalismo del español, portugués, catalán, francés, provenzal, italiano, pero no el de Cerdeña, donde

i, ū conservan su timbre (por ej., pilu, pira, gula, furca, guta - cf. esp. pelo, pera, gola, horca, gota), ni tampoco el de Dacia, donde i se vuelve e (siccus > sec) pero ū se conserva como u (gură, furcă, gută), como ocurre también en los elementos latinos del albanés. Por consiguiente, para el sardo el esquema debería ser:



y para el rumano:



Los diptongos ae y oe se simplifican, respectivamente, en ę y ę: quaerit > querit, caelum > celum, poena > pena. (En latín "vulgar", por ę procede de ę y ae; ę, de ę, i y oe). Tales simplificaciones eran populares ya antes de la época a la que atribuimos el latín "vulgar". El diptongo au, que se simplificaba en el lenguaje rústico y popular ya en la época clásica, se reduce a o en el habla de varias regiones: auricula > oricla, aurum > oru (pero se conserva hasta la actualidad en rumano, donde aurum > aur; lo mismo ocurre en sardo, en italiano meridional y, parcialmente, en provenzal); si en la sílaba siguiente hay una ū, el mismo diptongo se reduce a a: Augustus > Agustus, augurium > aguriu (esp. agosto, agüero); al mismo tiempo, nuevos diptongos au surgen por la caída de consonantes intervocálicas: avica > \*auca, parabola > \*paraula, fabula > \*faula, cantavit > \*cantaut.

También se reducen (o se consonantizan, o caen) las vocales en hiato. Así, tenemos casos de reducción en: prehendere > prendere, cohorte > corte, parietem > paretem, quietus > quetus (quedo); i, ē en hiato se vuelven normalmente y (i consonante): facio > \*fakyo, habēat > \*abyat, sapiat > \*sapyat, vinēa > \*vinya; la ū en hiato, eu muy a menudo, cae: mortuum > mortu, battuo > batto, quattuor > quattor, ianuarius > \*ienariu, februarius > febrarius. Pero en algunos casos el hiato se mantiene; así, por ej., en diem, pium, fui, deus, meus, tuus, via, etc.